

Así era una mujer Guaycura

Antropólogo Físico Alfonso Rosales López
CENTRO INAH-BCS

Biólogo Luis Alberto Herrera Gil
MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE LA UNIVERSIDAD DE BAJA CALIFORNIA SUR

Arqueólogo Fermín Reygadas Dahl
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA SUR
Guama@balandra.uavcs.mx

Cuando un científico da a conocer cómo eran físicamente los habitantes de una población ya desaparecida se genera una gran expectativa que después se convierte en frustración, pues resulta que la dichosa descripción no es más que una serie de clasificaciones ininteligibles como doliocraneos, eurimetopos, mesenos, camerrinos, mesognatos y otros, que a pesar de que se mencionen sus significados: cráneo alargado de frontales anchos, cara media de nariz ancha y maxilar poco saliente,¹ etcétera, no dejan de ser una serie de aproximaciones estadísticas que pudieran ser interesantes para los especialistas, pero para el lego en la materia, toda esa información se reduce a niveles de comprensión más asequibles como frecuencias de sexo, edad y si acaso tipo de enfermedades que padecían. Por ello no es raro que los arqueólogos, por ejemplo, crean que lo más importante de un reporte de antropología física es precisamente estos datos (que en términos estrictos pueden ser aportados por un buen técnico en antropología física), en consecuencia la interpretación de las poblaciones desaparecidas pierde 50 % de su valor, pues se magnifican

los elementos materiales, pero se olvida quién los hizo.

Más recientemente, la irrupción de las computadoras permitió la aplicación de modelos matemáticos más complicados, los famosos métodos multivariados, en donde se analizan en conjunto varias características físicas al mismo tiempo, todo ello con la esperanza de que al hacer comparaciones con otras poblaciones, se puedan observar verdaderas relaciones biológicas entre ellas.² Sin embargo, esta complicación matemática lo único que hizo fue estrechar el círculo de los que entendían el problema, pues si no se cuenta con un conocimiento más o menos suficiente de matemáticas y estadística es poco probable poderse integrar a la discusión;³ ya que por fuerza se obtienen modelos numéricos o geométricos que resultan muy difíciles de convertir a características cualitativas (forma de cráneo, nariz, cara, etcétera). Por lo anterior, a pesar de que cuantitativamente pueden tener un soporte más firme que los antiguos métodos utilizados, vuelven al mismo punto de partida, el conocimiento es privilegio de un pequeño

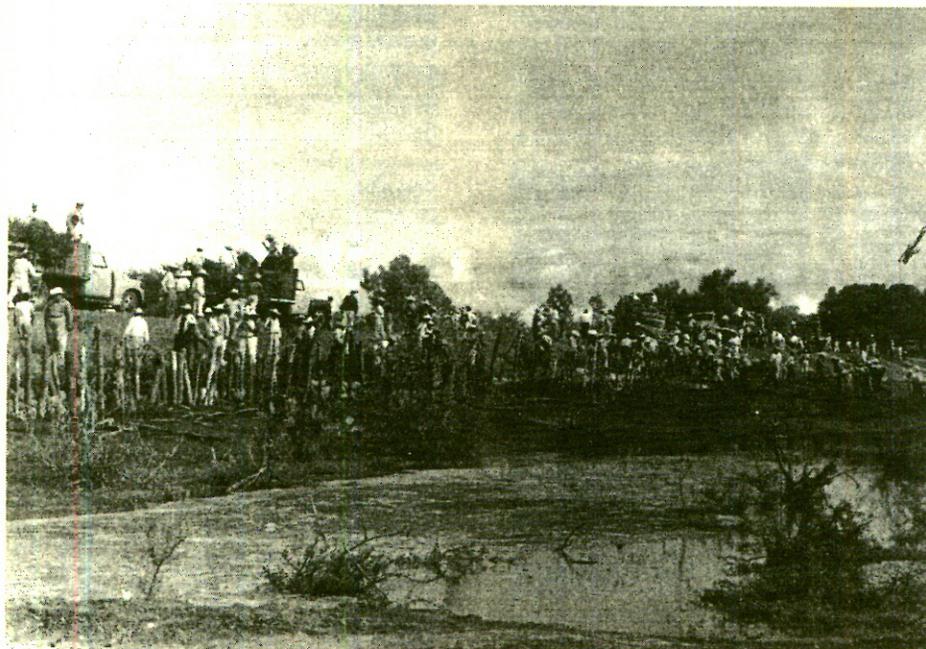
grupo de especialistas, así queda fuera la gran mayoría de las personas no especializadas.

El acceso a nuevos y más poderosos métodos de reconstrucción tridimensional por medio de computadora, el escaneo por rayos láser que elimina los errores humanos de medición y que permiten la obtención geométrica y volumétrica de todo el cráneo y cualquier hueso del cuerpo, y el conocimiento cada vez más preciso de los componentes blandos del cuerpo humano (cantidad de músculo, distribución de grasa corporal, tamaño de glándulas, espesores de piel, formas y tamaño de estructuras cartilaginosas como las orejas y narices, y distribución de la pilosidad general) han motivado a varios especialistas a llevarlos hasta sus últimas consecuencias: reconstruir la cabeza y el cuerpo de un individuo a partir de sus restos óseos. Esta técnica que se inició por las necesidades de la industria cinematográfica, adquirió una orientación más seria cuando investigadores relacionados con la antropología forense⁴ la tomaron, junto con los datos científicos sobre la morfología humana, la clásica metodología de reconstrucción forense⁵ y produjeron no sólo figuras tridimensionales en pantalla de computadora, sino también lo hicieron en bulto. Lo que en apariencia rompía la brecha entre los complejos modelos numéricos-geométricos ininteligibles y la necesidad de conocer el rostro y si se puede el cuerpo de esas personas que formaron las civilizaciones, ahora desaparecidas.

Esta posibilidad acompañada de los diversos documentales sobre el particular, principalmente en canales de corte científico como Discovery Channel o National Geographic, que han presentado reconstrucciones que van desde homínidos antecesores de la humanidad, hasta personas muy carismáticas como Jesucristo; han producido una especie de auge en este tipo de métodos. Sin embargo, en esta clase de divulgación científica, los realizadores se guardan de mencionar los serios problemas que aún enfrentan, que si bien han sido de mucha ayuda para la reconstrucción forense en donde se tienen datos más confiables de la persona que se pretende reproducir,⁶ el hacerlo en restos en donde no se tienen más datos que el propio esqueleto, aumenta el número de interrogantes hasta el punto de preguntarse, si fue así el individuo o bien es el producto de una motivada imaginación.



Daños en Tuxtepec, Oaxaca en 1944, por la inundación.



Tapando Filtraciones y reforzamiento del bordo Izquierdo del río Lerma a 2000 metros arriba del poblado del Paso Álamos Michoacán.

A pesar de lo anterior, es importante reconocer que la mayoría de la gente quiere conocer cómo eran esos individuos que alguna vez poblaron la tierra, por lo que, se constituyen en uno de los principales atractivos de un museo. Por tal motivo dos equipos, uno conformado por dos investigadores del INAH: antropólogos físicos Alfonso Rosales López y Leticia C. Sánchez García, y el segundo por tres científicos del Museo de Historia Natural de la Universidad Autónoma de Baja California Sur: biólogos Luis Alberto Herrera Gil y Francisco Reynoso Mendoza, y el arqueólogo Fermín Reygadas Dahl se dieron a la tarea de reconstruir en cuerpo completo a una india guaycura para el Museo de las Californias, en el poblado de Loreto BCS., y posteriormente para el Museo Nacional de Antropología e Historia de la Ciudad de México.

El primer paso fue elegir el esqueleto; como iba a destinarse al Museo de la región se buscó una muestra apropiada, se encontró en una serie de costales y cajas abandonadas en la bodega del Museo de Las Misiones, habían sido descubiertos en una pequeña cueva cercana al poblado de Loreto y recolectados por la policía en 1976. Por información directa del rancharo que dio parte del hallazgo, se supo que los restos óseos pertenecían a individuos que se encontraban extendidos, acomodados uno al lado del otro y algunos de ellos formaban un segundo nivel, la posición de los esqueletos seguía la falla rocosa por lo que su colocación sólo respondió al espacio disponible. Un fechamiento realizado por Elton Molto, de la Universidad de Lakehead Canadá, utilizando radiocarbono, mostró una antigüedad de $1,460 \pm 125$ años (información personal). Si bien esta fecha ubicaba a los restos óseos antes del contacto español, había dos evidencias que demostraban que se trataba de una población contemporánea al periodo misional, la primera estaba en relación con su forma de inhumación, esto es, una manera implantada por los misioneros en razón de su tradición cristiana; los estudios sobre las costumbres funerarias han establecido que esta forma de enterrar a los muertos no se realizaba en tiempos prehispánicos,⁷ además, la disposición de los cadáveres hacía suponer que había ocurrido un evento mortal que involucró a todas las

personas ahí enterradas.⁸ La segunda evidencia vino del análisis osteopatológico; se trataba de una población que había sufrido de un gran estrés físico durante su vida, el tipo de padecimientos y lesiones observadas en los huesos eran muy parecidas en frecuencia e intensidad a otra población encontrada en una cueva cercana al poblado de Todos Santos: La Matancita.⁹ Por lo anterior era bastante probable que la inhumación de Loreto haya sido consecuencia de una de las tantas epidemias que asolaron la región;¹⁰ en ese entonces, a este tipo de muertos se acostumbraba enterrarlos lo más lejos posible de cualquier centro urbano.

La buena intención de la policía derivó en un gran problema a resolver, de haber sido entierros individuales, se habían encargado de revolver todos los huesos, por lo que sólo se tenía un gran osario en donde aparentemente era imposible reconstituir la individualidad de los esqueletos. Para solventar este problema se utilizó una técnica muy socorrida en geología para identificar rocas procedentes de un mismo sitio, la reflexión de ondas electromagnéticas en el intervalo ultravioleta, después de un largo tiempo de análisis por la peligrosidad que representa trabajar con este tipo de radiación, se pudieron reconstituir parcialmente 8 esqueletos, de los cuales la mujer elegida fue la más completa con 70% de sus huesos; de cualquier forma la asociación determinada por esta técnica fue confirmada por un detallado análisis morfológico y osteométrico en donde lo que más se cuidaba eran las diferencias simétricas esperadas para el humano.

Por otro lado, un estudio dedicado a establecer las relaciones morfológicas y biológicas entre las poblaciones de californios, llevado a cabo por los antropólogos, permitió a través de un método matemático multivariado, el análisis de componentes principales, establecer las características físicas de estas sociedades, esto no sólo en su interpretación numérica, sino que se pudo traducir cualitativamente en sus tendencias morfológicas; se había llegado a la conclusión de que en la Antigua California había predominado un alto grado de endogamia regional, por lo que cualquier esqueleto proveniente de estas regiones se debía de ubicar dentro de las tendencias morfológicas

descubiertas y lo más importante era que estos datos daban la oportunidad de predecir qué tipo de rostro general se esperaría de dichos esqueletos.

Por lo anterior, el esqueleto y en especial el cráneo fueron medidos detalladamente para conocer sus particularidades métricas y se propusieron una serie de dimensiones que deberían tener las tendencias morfológicas arriba descritas. Sin embargo, aquí entra una consideración importante para la antropología forense, no se debe partir sobre las bases de un individuo imaginario (producto de una estandarización matemática), sino que debe hacerse de uno real, de aquí que había que regresar a las técnicas de la antropología forense tradicional, esto es, reconstruir cada una de las capas que componen el tejido blando. Ello no podía hacerse sobre el cráneo original directamente, había que hacer una copia, para lo cual se utilizó la metodología depurada por el biólogo Luis Alberto Berrera Gil: en principio se realizó un vaciado del cráneo en yeso, se selló y se tomaron moldes odontológicos para la reconstrucción de la dentadura, se colocaron puntos de espesor de tejido blando sobre el cráneo según la literatura forense, se definió la expresión, y se colocaron las piezas dentales faltantes por pérdida *post mortem*. Al mismo tiempo se hizo el modelado en plastilina del tejido blando, musculatura, tejido graso, tejido glandular, tendones y cartilago, respetando los espesores citados, se definió el ángulo y anchura nasales, así como forma y tamaño de orejas. Se colocó la piel, se texturizó según la región facial, procedimiento que se siguió para el modelado del cuello hasta la zona de inserción con el torso. Más tarde se hizo el moldeado en caucho de silicón de la cabeza, vaciado de la misma en resina poliéster y fibra de vidrio, resane y, en su caso, remodelado y texturizado con plastilina epóxica. Se colocaron los ojos de vidrio, se realizó un trabajo de restauración frontal de la dentición y las encías en acrílico odontológico, se le puso una pátina según el tipo de alimentación y se colocaron los dientes; se tuvo una revisión y resanado final y por último se aplicó la coloración base mediante aerógrafo por el biólogo Francisco Reynoso Mendoza, para ello se usó la escala de coloraciones utilizada universalmente en biología.

Si la cabeza representó por sí misma un gran reto, el cuerpo lo fue aún más, principalmente si se considera que la única referencia histórica en cuanto a la morfología de las mujeres fue proporcionada por el corsario inglés George Shelvocke, quién en el año de 1721 escribió: «Las mujeres son de una talla más pequeña (que los hombres), sus cabellos más largos que los de los hombres y en algunos casos casi cubren sus caras»,¹² como puede apreciarse, esto y nada es lo mismo, por lo que sólo quedaba el trabajo de antropología física para determinar las características del cuerpo. El análisis de los huesos permitió establecer la talla de la mujer y la robustez de los mismos, qué tan musculosa podría esperarse que fuese. Existen fórmulas que permiten aproximarse a la cantidad de masa que debió tener, pero no su distribución en cuanto a la composición corporal; sin embargo, hay que considerar que si bien existen diferencias locales provocadas por la herencia biológica, las actividades diarias y la alimentación de la mujer, también hay parámetros universales como miembros de la misma especie, por lo que una buena aproximación de la conformación grasa-músculo



Río Lerma. Archivo Histórico del Agua.

se podía buscar en los recientes estudios morfológicos realizados en personas que realizan diferentes actividades físicas, principalmente deportistas,¹³ sin olvidar el tipo esperado en esta sociedad cazadora recolectora, que para el caso de los hombres según el padre jesuita Juan Jacobo Baegert: «Es gente de buena presencia y bien proporcionada, muy ligera y ágil... de los adultos algunos son altos y fornidos nunca se encuentra uno entre ellos individuos verdaderamente gordos lo que se explica fácilmente con sus correrías diarias»,¹⁴ sin descuidar el dimorfismo sexual descrito para diversas poblaciones amerindias.

Resuelta en forma general la composición corporal, el problema de la proporcionalidad intermembral y corporal no fue grande, pues para ello se contaba con los huesos largos para poder determinar las relaciones mano-antebrazo-brazo, pie-piernamuslo, miembro superior-miembro inferior. Con respecto a las dimensiones de la cintura escapular (hombros) y cintura pélvica (cadera) se procedió en forma distinta, en principio se reconstruyeron las dimensiones en cuanto a la anchura y profundidad entre los huesos involucrados, condición que fue más fácil para la cadera que para los hombros. Ello permitió tener una idea aproximada de la configuración de la caja torácica; a partir de los índices hombros-cadera fue posible obtener las dimensiones del tórax, lo cual fue confirmado con la reconstrucción de cuando menos dos secciones del mismo, pertenecientes a la segunda y novena costillas, además de tomar en consideración las relaciones morfométricas de los valores de dispersión reportadas en la literatura.

Obtenidas las dimensiones teóricas generales del cuerpo, el siguiente problema fue decidir cómo se obraría para la reproducción, si se partía de los huesos mismos como se realizó con el cráneo, o bien, confiando en la variabilidad morfológica actual, buscar una estudiante de la universidad que se aproximara lo más posible al modelo teórico, así que después de evaluar las dificultades y ventajas de uno y otro método se decidió por la segunda opción, por lo que hubo que medir y convencer a una de las estudiantes a que se prestara como modelo. El honor recayó en la estudiante de Biología Marina, Maricarmen Cárdenas González, con quien se procedió de la siguiente

forma: después de decidir la pose y actitud del cuerpo, se obtuvieron moldes de yeso del torso, de los miembros superiores e inferiores, de los pies y de las manos; los moldes fueron resanados y sellados. A partir de éstos se hicieron vaciados en resina poliéster y fibra de vidrio, se resanaron los defectos de los vaciados con plastilina epóxica, bondo y nitrocelulosa y después se pegaron las piezas con resina poliéster. Luego se procedió al resanado final de la estructura del cuerpo, a la colocación de la misma en una base móvil temporal y al pegado de la cabeza a la estructura del cuerpo. Por último se realizó la aplicación del color base mediante aerógrafo.

Empero, había una serie de detalles que era imposible conocer con exactitud, como eran la coloración de piel, tipo y distribución de la pilosidad corporal, forma de oreja, nariz, cejas, uñas y otros rasgos que no tienen referente directo, se trató de rescatar estos datos a partir de estudios intensos de las fuentes históricas, pero fue difícil fiarse de estas descripciones, así por ejemplo, para el color de piel existen descripciones que van desde un matiz casi negro hasta una piel blanca, afortunadamente para éste tópico, el descubrimiento de un entierro humano que presentaba una pequeña sección de tejido blando momificado del antebrazo derecho en la sierra de Guadalupe, por la arqueóloga Laura Esquivel y el antropólogo físico Mario Ceja Moreno, permitieron conocer la piel, pero existía un problema, la melanina, sustancia que da coloración a la piel y que aumenta su cantidad cuando existen exposiciones prolongadas a la radiación solar, con el tiempo se degrada por lo que se tenía únicamente un pedazo de piel sin la coloración natural de una persona viva y aunque se podía contar con el color base, era imposible saber su tonalidad oscura y su distribución a lo largo del cuerpo. Más difíciles resultaron características como el color de ojos, forma, distribución y densidad de las cejas, pestañas, vello axilar, púbico, etcétera, por lo que se optó por tomar como referencia las características reportadas para la población amerindia. En consecuencia debe admitirse que esta parte del trabajo es la que tiene más aspectos discutibles y arbitrarios, sin embargo, con los elementos con los que ahora se cuenta, su discusión entraría en una

esfera de debate parecida a la provocada en la edad media entre un grupo de escolásticos, quienes vieron importante discernir sobre la posibilidad que tenían los ángeles de volar hacia atrás.

Ahora bien, ya se tenían la reproducción del cuerpo de la indígena, pero faltaban otros elementos igual de importantes, los componentes de la indumentaria, pues como en otros grupos humanos, en los californios la vestimenta era un factor de unidad al interior de la banda y de distinción al exterior, por lo que el vestuario, los adornos, sus formas, los materiales con los que están hechos y la forma en que eran elaborados iba más allá que su simple función ornamental y/o funcional, pues se convirtieron en elementos de identidad, prestigio y de expresión ideológica, ya que reflejaban una extensión de la persona. Por lo anterior, una de las partes más importantes del trabajo fue su vestimenta, era preciso hacer réplicas idénticas a las que usaban estas mujeres en su tiempo, pero sólo había las referencias históricas que hablaban de ella y sólo excepcionalmente se contaba con algún vestigio encontrado en las pocas investigaciones arqueológicas que se han realizado en la península.

Con respecto a las referencias históricas se sabía que las mujeres vestían una especie de faldilla, el material con el que estaban elaboradas variaba según el lugar, la cronología, el grupo lingüístico y la jerarquía, así:

Nicolás de Cardona en 1615 mencionó que las mujeres en La Paz, vestían de la cintura hacia abajo unos ramales torcidos de algodón y plumas de pájaros. Sin embargo, es importante aclarar que el algodón no existió en tiempos prehispánicos, por lo que debió de tratarse de algún otro tipo de material.¹⁵

Francisco de Ortega en 1632 observó en la misma región que algunas mujeres se cubrían de la cintura hacia abajo con pieles y otras lo hacían con hojas de palma.¹⁶

Para los Pericúes de la Isla Espíritu Santo Esteban Carbonel de Valenzuela en 1632 dijo que las faldas estaban elaboradas con pieles de venado y de otros animales.¹⁷

Los jesuitas Eusebio Francisco Kino y Matías Goñi en 1683 mencionaron que las faldillas estaban hechas de zacate, además informaron que las muchachas de 15 a 20 años cubrían sus pechos con pieles de aves marinas.¹⁸

Diego de Nava en 1632 describió en la región de Los Cabos, que las mujeres estaban vestidas de cueros aderezados y un género de enaguas que parecía pita.¹⁹

Para las mujeres Coras, Isidro de Atondo y Antillón en 1683 las observó elaboradas con pieles de venado.²⁰

El jesuita Ignacio Nápoli mencionó que las enaguas de las mujeres Pericúes estaban hechas de palma. El mismo jesuita en 1721, conoció a una gobernadora de los Pericúes vestida con cueros de venado pintados de varios colores.²¹

Woodes Rogers en 1709-10 mencionó que las mujeres Pericúes de Cabo San Lucas vestían las siguientes faldas: una cubierta de hojas, pequeños delantales de hierba o pieles de aves y animales y/o un delantal grueso de hierba según George Shelvocke en 1721. Además este último informó que las mujeres traían una piel de venado sobre los hombros.²²

Sin embargo, casi no había registros sobre la forma en que eran elaboradas estas prendas, por ello cobró importancia otro tipo de trabajo que desde hace varios años ha desarrollado el arqueólogo Fermín Reygadas Dahl: la arqueología experimental, esto es, reproducir las técnicas de trabajo de los indígenas para elaborar sus herramientas, adornos, vestidos e instrumentos rituales. De cualquier forma en principio fue necesaria no sólo una amplia investigación histórica, sino también de campo, para identificar materias primas, rocas, conchas, fibras de plantas y estudiar detenidamente los lugares en donde los indios realizaron estas actividades. Después de lo cual había que empezar a experimentar hasta lograr copias que parecieran idénticas a las reales.

Así fue posible descubrir la forma en que fabricaban los cordeles a partir de la penca de agave, la forma en que era cortado, el raspado de las pencas para sacar la fibra, desenredarlas, unir y entorchar las fibras hasta lograr la cuerda de un grosor determinado. Hacer la falda no sólo implicaba escoger el carrizo de la especie indicada, sino que debía ser cortado de tal forma que los nudos naturales sirvieran para darle resistencia, además de ser previamente «tatemados» para aumentarla, la forma de unir las hileras de carrizos y sostenerlas requiere de nudos especiales en las cuerdas que había que reproducir. El adorno de la muñeca y el cuello permitió conocer sus técnicas de perforación en concha. Finalmente la vara que porta la figura se utilizaba para recolectar pitahayas, una fruta parecida a la tuna, que debía bajarse de partes altas de su planta parecida al cactus, por ello en su punta lleva una espina de mantarraya, que era amarrada a manera de gancho para jalar sin dificultad esta fruta.

Como el lector se habrá dado cuenta, hablar de una reproducción antropofísica de una persona que vivió en el pasado no quiere decir que el rostro y/o cuerpo sean totalmente verdadero la posibilidad de acercarse a la figura real del individuo estará en relación directa con el número de datos de que se disponga. Entonces, entre más antiguos sean los restos y menos información se tenga, más arbitraria es la figura. Por lo anterior, actualmente quién diga que la reproducción de un individuo de una población ya desaparecida es 100% fiable, estará diciendo una gran mentira. Lo mejor es hablar en términos probabilísticos con base en los datos teóricos de los que se parte y su factibilidad de reproducirse, que en el caso de la mujer guaycura que originó este trabajo, se podría mencionar una fiabilidad de 60%, si hablamos en favor de la reproducción se podría mencionar que es el mejor acercamiento a cómo fue esta mujer en vida dada la información existente.

Finalmente este tipo de trabajo no puede realizarse sin un buen equipo, por tal motivo es de elemental justicia enumerar a todos los participantes en la reconstrucción: del Centro INAH Baja California Sur, los antropólogos físicos Alfonso Rosales López y Leticia C. Sánchez García, quienes proporcionaron la base de información científica en antropología física. De la Universidad Autónoma de Baja California Sur y en particular del Museo de Historia Natural, el curador en jefe de dicho Museo el biólogo Luis Alberto Herrera Gil, quién realizó el moldeado, reconstrucción facial, remodelación

de pies, manos y vello corporal; el biólogo Francisco Reynoso Mendoza quién realizó los moldes y vaciados, armado y montaje de la figura, terminados, vello corporal, coloración al óleo; el arqueólogo Fermín Reygadas Dahl, quién hizo investigación arqueológica e histórica, moldeado, supervisión y realización de la vestimenta; el biólogo Enrique A. González Navarro, quién realizó moldeado, lijado y resanado; la odontóloga Guadalupe del Toro se encargó de la restauración odontológica. Finalmente los asistentes: Karina Busto Ibarra, Jorge Raúl Fernández Rivera, José Luis Espinoza Maciel, Carmen Ramos Aguirre, Ma. De Lourdes Otero Moreno, Onofre Gerardo Pérez López, Alejandro Telechea Cienfuegos, Marlen Piña Arce y Vanessa Rojas Piña.

Bibliografía:

- ¹ Arturo Romano, P., «Dolicocráneos prehispánicos de Teotenango, México. Teotenango», en *El antiguo lugar de la muralla*, vol. 2, México, 1975, pp 417-421.
- ² Montemayor García, Felipe, *Formulas de estadística para investigadores*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, vol. 2, 1973, pp 342-957.
- ³ Manly Bryan, F.J., *Multivariate statistical methods*, E.U.A., Chapman and Hall Ltd, 1989.
- ⁴ Bass W.M., *Forensic anthropology: the american experience*, en A. Boddington, A.N. Garland y R.C. Janaway (comp), *Death, decay and reconstruction. Approaches to archaeology and forensic science*, Great Britain, Manchester University Press, 1987, pp 224-239.
- ⁵ Stirland A., «The contribution that human skeletal biology may make to forensic science», en A. Boddington, A.N. Garland y R.C. Janaway (comp), *Death, decay and reconstruction. Approaches to archaeology and forensic science*, Great Britain, Manchester University Press, 1987, pp 217-223.
- ⁶ Luv Quijada Jesús, «Antropología física forense: interdisciplinaria, transformación y retos», en Jaén Esquivel, Ma. Teresa, Sergio López Alonso, Lourdes Márquez Morfín, Patricia Hernández Espinoza (comp.), *Tiempo, población y sociedad, Homenaje al maestro Arturo Romano Pacheco*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998, pp 143-152.

- ⁷ Rosales-López, Alfonso, Elton Molto, Leticia C. Sánchez García, «The funeral costum in El Conchalito, La Paz Baja California Sur», en *Pacific Coast Archaeological Society. Quaterly*, E.U.A., en prensa (aceptado para su publicación).
- ⁸ Rosales-López, Alfonso y Leticia C. Sánchez García, *Así morían los californios*, libro en preparación, inédito.
- ⁹ Molto, Elton. y H. Fujita, «La Matancita: A Las Palmas Mortuary site from the Cape Region Baja California Sur, México», en *Pacific Coast Archaeological Society. Quaterly*, E.U.A., vol. 31, núm 1 y 2, 1995, pp 20-55.
- ¹⁰ Rosales-López, Alfonso y Leticia C. Sánchez García, «La labor misional, un impacto negativo en los antiguos californios», en *Ciencias Sociales y Humanidades, Revista de investigación*, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur, 2000, pp 91-107. (Serie científica, número 6)
- ¹¹ Rosales-López, Alfonso y Leticia C. Sánchez García, «Así eran los antiguos californios», *X Coloquio Internacional de Antropología Física, Juan Comas*, México, 17 de noviembre de 1999, Zacatecas, Zac, (escrito inédito).
- ¹² Michael Mathes, «Antecedentes históricos», en *Importancia de Cabo San Lucas*, México, FONAPAS, 1980, pp 46,52 y 57.
- ¹³ Del Olmo Calzada, José Luis, *Los deportistas de alto rendimiento: un enfoque antropológico*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990.
- ¹⁴ Juan J. Baegert. «Noticias de la península Americana de California», México, Antigua Librería Robredo, 1942, pp 69- 70.
- ¹⁵ Michel Mathes, *Californiana II: documentos para la Historia de la explotación comercial de California, 1611-1679*, España, José Porrúa Turanzas, 1970, documento 32.
- ¹⁶ Michael Mathes, *Californiana III: documentos para la historia de la transformación colonizadora de California, 1679-1686*, España, José Porrúa Turanzas, 1974. documento 25.
- ¹⁷ *Ibidem*.
- ¹⁸ *Ibidem*.
- ¹⁹ *Ibidem*.
- ²⁰ *Ibidem*.
- ²¹ Ignacio Maria Napoli, *The cora indians of Baja California*. E.U.A., Travel series 19, 1958, p 13.
- ²² Michel Mathes, 1980, op. cit., pp 52 y 56

